

La existencia de la vida demuestra la existencia de Dios

Se ha contado o se ha intentado contar el número de las distintas especies de seres vivos que pueblan el Universo y, aunque la búsqueda no ha sido todavía completa, se han encontrado ya unos dos millones de plantas y más de dos millones de seres sensitivos.

Solamente, a principios del siglo XX, de aves se dan colecciones de 15.000 especies: de moluscos hay catalogados 14.000 y se calcula que las de los insectos sobrepasan el millón, con la particularidad de que cada año se descubren alrededor de 10.000 especies nuevas...

Una pregunta:

¿Cómo ha aparecido la vida sobre la Tierra?

Es evidente que ella no ha podido adornar siempre nuestra morada.

La Astronomía y la Geología están coinciden en afirmarlo. Ambas suponen, de una manera o de otra, que el globo en que habitamos al presente, fue un día un pequeño sol coronado de llamas en conflagración inmensa. Entonces era del todo imposible la vida, como es demasiado manifiesto. No hay organismos ni gérmenes que puedan soportar una temperatura prolongada de ciento cincuenta grados. A los mil ya los compuestos se disocian en sus propios elementos y aun éstos se volatilizan. ¿De dónde procede, pues, la vida, vuelvo a preguntar?

Si hace un millón, miles de millones de años, no existía ni podía existir sobre la Tierra por estar ésta incandescente, ¿quién la ha producido? ¿Quién la ha sembrado con tan infinita profusión como observamos al presente por todas partes?

Dos soluciones únicas pueden ofrecerse: La creación por parte de Dios y la generación espontánea. No hay término medio posible. Aunque algunos han sospechado la posible calda de gérmenes de otros astros sobre la Tierra, pero ello, además de ser imposible, no evita la dificultad. La vida de este astro, ¿quién la produjo?

O la vida apareció en el mundo por sí misma y espontáneamente, sin intervención exterior, sin gérmenes preexistentes y por las solas fuerzas de la Naturaleza, o necesariamente hay que convenir en que fue creada por Dios.

¿Cuál de estas dos soluciones es la verdadera?

Avancemos ya lo que ha de ser la idea fundamental de todo el Estudio.

Científicamente hablando, no puede hoy admitirse la generación espontánea de la vida: luego, científicamente hablando, también se impone la creación y consiguientemente la existencia de Dios.

Para mayor orden expondré primero la historia de la generación espontánea; luego su refutación y, finalmente, la consecuencia.

LA GENERACION ESPONTANEA

La creencia en la generación espontánea es muy antigua en la historia. Data ya, según parece, de algunos filósofos griegos, quienes creyeron que ciertos animales inferiores procedían inmediatamente de la materia en corrupción o del barro.

En la Edad Media fue defendida incluso por algunos. Así no es raro encontrar entre ellos, como entre los naturalistas de entonces, las extrañas afirmaciones de que las moscas y

gusanos nacían espontáneamente de la carne corrompida, de que las lombrices se formaban de la tierra, o de que los ratones, como afirmaba seriamente el naturalista van Helmont, en el siglo XVII, se formaban de una mezcla de papeles o ropa vieja y algo de harina abandonada un tiempo en un armario.

En el siglo XVIII tomó la cuestión carácter científico.

Un sacerdote inglés llamado Neddham, se lanzó a hacer experiencias por sí mismo para averiguar la verdad. Enterró bajo cenizas ardientes algunas botellas que contenían infusiones de vegetales, pensando que de este modo morirían todos los gérmenes en ella contenidos. Si, a pesar de todo, se dijo, aparecen microorganismos en el agua, será señal de que han nacido allí espontáneamente... El resultado fue positivo: y en consecuencia, quedó resuelto positivamente para él el litigio.

Unos años más tarde, otro sacerdote, italiano, repitió el experimento, pero, esta vez, con resultados enteramente contrarios.

En este estado de cosas llegó el siglo XIX y con él un rumbo inesperado y peligroso para la generación espontánea. Se hizo de ella nada menos que el punto de apoyo del más radical materialismo, cual es el monista.

El iniciador de esta corriente fue el tristemente célebre Ernesto Haeckel, quien la expuso en su libro: «Enigmas del Universo».

En síntesis, sus afirmaciones son las siguientes:

En el mundo —dice— no hay más que materia y energía. Las anticuadas ideas de Dios personal, del alma espiritual e inmortal, son conceptos vacíos, que carecen por completo de fundamento y objetividad. Las leyes mismas de la Naturaleza cristalizaron, por casualidad, de un caos primitivo. La aparición de la vida no pudo efectuarse de otro modo que por la combinación especial de los átomos con sus fuerzas y energías.

Un día, y ello probablemente en el fondo de los mares, se formó, al azar, la primera partícula orgánica; un grumo de materia gelatinosa; Haeckel la llamó mónera. Este fue el «protoplason» o protoorganismo, del cual, andando el tiempo, procedieron los organismos más sencillos de los protofitos y protozoos, origen, respectivamente, del reino vegetal y animal; luego, dividiéndose y subdividiéndose estas dos ramas en un largo lapso de siglos, por medio de la evolución, resultaron, en definitiva, todos los tipos, clases y órdenes, familias, géneros y especies existentes, ordenadas en árbol genealógico, «una de cuyas principales ramas, la central o axil, había de ostentar en su extremidad superior, como fruto avanzado y último anillo de la evolución, el "homo sapiens", dándose la mano con sus próximos parientes de líneas colaterales, el orangután y el chimpancé».

He aquí la verdadera apoteosis de la generación espontánea. Había sido defendida al principio sin recelo alguno y para los seres más insignificantes, y he aquí que se convierte ahora en la clave de la génesis de la vida en el Universo, en piedra fundamental del materialismo y de la irreligión.

Las ideas de Haeckel tuvieron una difusión enorme.

Las ediciones de su libro se multiplicaban incesantemente. En 1906 había vendido 200.000 ejemplares de la edición alemana y otros tantos de la inglesa, sin contar una docena de traducciones a las lenguas cultas... Ni fue esto sólo. La nueva teoría se apoderó rápidamente del mundo científico. Las Universidades, casi en su totalidad, en sus cátedras

de Antropología, Biología, Zoología, la acogieron y enseñaron con entusiasmo digno ciertamente de mejor causa.

«Por absurdo que esto fuera, y así se conceptúa ya entre los más renombrados biólogos —dice el doctor Rosell—, y por increíble que hubiera de parecer a las futuras generaciones que tales aberraciones intelectuales; tal cortedad de miras hubiera podido jamás existir, ha habido un período breve en la historia de la Biología, durante el cual, en las esferas científicas no se podía ni debía hablar sino de este tenor. Considerar o admitir la posibilidad de fuerzas diferentes de las físico-químicas, pensar y hablar de lo inmaterial, mostrar la existencia de un agente extraño a la materia, de un espíritu, de una fuerza creadora, primera causa de lo demás; nombrar a Dios, no ya al Dios de los que tienen el arte de saber ver, o los que tenemos el de saber creer, hubiera sido un descrédito científico, una señal de atavismo psíquico-religioso que los psicólogos se hubieran explicado perfectamente, e incluso perdonado, por la influencia difícil de eliminar, de la cristalización en las células cerebrales, de las ideas supersticiosas, inculcadas por los exploradores de la religión, para dominar entre los incautos...».

Cualquiera hubiera dicho, pues, que había encontrado Haeckel la piedra filosofal o que había sido el genio de la historia.

Sin embargo, todos los hombres eminentes de su tiempo se reían de sus atrevimientos científicos y aun se indignaban contra él.

El gran físico de San Petersburgo, Schvolson, al leer sus disparates, le imponía humorísticamente un precepto nuevo, el duodécimo, como decía él, redactado en estos términos: «No escribirás lo que no entiendas».

No menos desfavorables fueron otros juicios. El decano de la Universidad de Berlín, doctor Paulsen, escribía: «He leído con sofocante rubor este libro; me avergüenza sobre todo el que haya salido de nuestras universidades; me avergüenza que en un pueblo de la cultura del nuestro haya sido posible que tal libro se llegara a escribir, imprimir, comprar, leer e incluso creer y admirar...» .

El doctor Loofs decía también: «En este libro reclamo, me admira que se haya introducido tanta falsificación». Y el ya citado Schvolson termina: «Todo, absolutamente todo cuanto Haeckel dice al tratar de los problemas físico-biológicos, o descansa en increíbles falsificaciones o indica en el autor el más grande desconocimiento de las más elementales cuestiones».

Un chusco acontecimiento vino a patentizar la falta de escrúpulos y la poca seriedad científica de Haeckel.

Para probar el tránsito de los embriones humanos y de los animales superiores, por los estadios que él enseñaba, se atrevió a publicar unas fotografías falsificadas por él mismo. Poco tiempo después descubrió el doctor Brass la falsificación y ya se deja entender que la rechifla fue general. Haeckel hubo de confesar la verdad, pero para sincerarse, tuvo la candidez de decir, que aquel modo de proceder era ordinario entre los sabios. «En el mismo escaño del acusado —dijo— veo yo a centenares de renombrados biólogos reos del mismo delito.»

¿Qué tenía, pues, el libro de Haeckel para tanta admiración y tan buena acogida? Una sola cosa explica todo su éxito: haber sido el verbo, el portavoz de la incredulidad... Nos declara él mismo que «uno de los fines que le guio al escribir aquellos estudios filosóficos-

monistas, tan al alcance de todos, fue librar las inteligencias del pesado yugo de los prejuicios tradicionales y de la superstición religiosa.

Aquí tenéis el secreto.

Muchos, mal avenidos con las ideas religiosas, deseaban sacudir su yugo y anhelaban, por ende, como suele acontecer, encontrar paliativos y razones contra las mismas. El libro de Haeckel les mostraba el medio de obtenerlo aun con ciertos visos de ciencia, y he ahí la razón de todo. ¿Os extraña ese modo de proceder? Pues tal suele ser la seriedad y amor puro a la Ciencia con que proceden muchos que se llaman científicos. Los prejuicios sistemáticos y las tendencias subversivas de todo lo que suena a sobrenatural, parece que les seca el cerebro y les ciega de tal manera el entendimiento, que, algunas veces, cree uno deber atribuir a cortedad de ingenio su modo disparatado de raciocinar.

REFUTACION

Dos argumentos voy a aducir solamente: uno, experimental, Y otro, biológico.

El argumento experimental está vinculado al nombre de un gran sabio católico, Pasteur. Su piedad y acendrada religión en nada impidieron a este gran hombre ser uno de los más eminentes de su siglo.

El inventó la profilaxis contra la rabia e hizo posible la lactancia artificial que, en su tiempo, por alteraciones en la leche y por causas desconocidas, producía el cólera infantil y con él la muerte de millares de niños. Sus discípulos, guiados por él, hallaron los sueros antidiftéricos y, posteriormente, el tratamiento seroterápico de la meningitis y la disentería bacilar.

Entre todas sus glorias, no obstante, la que, tal vez más le ha inmortalizado, por su gran trascendencia ideológica, fue la de sus famosísimos experimentos sobre la generación espontánea.

Helos aquí brevemente

1.^o Comenzó por hacer pasar una corriente de aire a través de un trozo de algodón en rama y vio con el microscopio que el polvo allí detenido contenía siempre corpúsculos cuya forma y contenido denunciaban, a todas luces, su naturaleza organizada.

Se había dado con ello un gran paso. Estaba averiguado que el aire, y lo mismo se podía decir, con mayor razón todavía, de cualquier clase de materia líquida y sólida, contenía gérmenes vivos. Estos evidentemente podían ser la causa de los microorganismos. ¿Pero serían la única? Para averiguarlo realizó un segundo experimento.

2.^o En un matraz esférico, de cuello retorcido y estrecho, puso agua albuminosa azucarada: la hizo hervir y por el cuello del recipiente dejó entrar, al enfriarse el líquido, aire que había hecho pasar antes por un tubo de platino calentado al rojo, es decir, aire cuyos microorganismos tenían necesariamente que haber muerto. Cerró al instante el cuello del frasco y comprobó que éste permanecía indefinidamente inalterado. Luego concluyó, legítimamente: la materia de por sí no produce germen alguno ni es causa de nuevos organismos.

3.^o Una contraprueba: en el líquido inalterado dejó caer un trozo de algodón con los microorganismos de que se habló en el primer experimento. El líquido se alteró pronto y aparecieron en él los infusorios de antes. No cabía duda, pues. La causa, toda la causa de las llamadas generaciones espontáneas, son los gérmenes preexistentes.

4.^o Para aquilatar más los experimentos indicados realizó otros nuevos e interesantes. Preparó un gran número de matraces que contenían líquido fácilmente alterable: hirvió éste y antes de que terminara la ebullición, cerró a la lámpara el cuello afilado del recipiente... Llegado al sitio en donde se habían de realizar las experiencias, con las mayores precauciones y elevando el frasco por encima de la cabeza para evitar la posibilidad de una caída de gérmenes del vestido, con unas pinzas esterilizadas de antemano y pasadas por la llama, rompió el pico del matraz, con lo cual pasaba en seguida al recipiente una cantidad de aire. Volvió a cerrar el pequeño orificio, siempre con exquisitos cuidados, y esperó las consecuencias: éstas, o sea la pululación de los microorganismos, no tardó en presentarse.

El experimento lo realizó repetidas veces y en los más diversos sitios y con ello pudo comprobar, no sólo que existen gérmenes en suspensión en el aire, sino que éste está muy diversamente cargado de ellos. Que son abundantísimos en los grandes centros de población y que van disminuyendo a medida que el aire es más puro y menos movido. A 850 metros de altura sólo se alteraron cinco de los veinte frascos destapados; a los 2.000 metros, sólo se alteró uno.

Quedaba experimentalmente resuelto, por tanto, el problema. La generación espontánea había sido un mito debido a la ignorancia. Estaba comprobado, científicamente, que la vida siempre procede de la vida, de un germen precedente: *Omne vivum ex vivo, omnis cellula ex cellula, omne ovum ex ovo*, se declaró ya definitivamente: todo ser vivo procede de otro ser vivo, toda célula de otra célula, todo huevo de otro huevo.

«Otra vida —dice el doctor Rosell— que la que se observa en las células en su materia llamada protoplasma: otra manera de nacer u originarse un organismo, que la de proceder un ser vivo de otro que vivía antes o una célula de otra célula, eso no lo creen las Ciencias ni hoy lo juzgan posible.» Algunas veces —añade— la superficialidad periodística nos da la noticia de que tal o cual sabio escondido ha logrado obtener cristales vivientes o cuerpecitos artificiales vivos. Eso ha sido siempre, en toda la extensión de la palabra, una invención periodística, engaño puro que no merece los honores de que nos ocupemos un momento en ello.» El axioma científico, único en la actualidad, lo hemos citado. Todo huevo, toda célula, todo lo que vive, procede de otro huevo, de otra célula, de otro ser viviente... Y ante este hecho implacablemente cierto y no contradicho, las opiniones de los mismos grandes biólogos que admitían la posibilidad de un origen material físico-químico de la vida, se han visto profundamente removidas.

En toda la Ciencia —dice—, el mismo Tyndall, materialista y ateo, en toda la Ciencia, no existe ninguna otra conclusión más cierta que ésta.»

¿Os maravilla, es verdad, tanta diafanidad de argumento y al mismo tiempo tanta aseveración de los sabios? Entonces, me diréis, ¿en qué se apoyan los materialistas para defender con tanto ahínco la generación espontánea?

Tal vez os parezca exageración, pero no es sino la realidad; en nada.

No pueden presentar el más mínimo argumento de su parte. Pruebas o hechos positivos que demuestren cualquiera de estas afirmaciones —dice a este respecto el doctor antes citado— no existe ni uno. Y continúa lleno de indignación: y se ha querido llamar anticientífico al que no quiere admitir tales leyendas.»

En toda esta materia proceden los materialistas completamente a priori; afirman, no porque puedan dar razón de sus asertos, sino porque así les conviene, o eso piden sus ideas preconcebidas o tal vez sus prejuicios antirreligiosos y ateos.

Su posición es obvia.

Dios no existe —dicen—, y partiendo de este punto es evidente que la vida, los seres vivientes no pueden ser otra cosa que productos de las meras fuerzas de la Naturaleza. Así debe ser y así es, dicen ellos. Algunos hasta formulan con increíble sinceridad el siguiente silogismo: «Si no se admite la generación espontánea, tenemos que admitir a Dios como Creador de la vida. Esto es inadmisibile, luego hemos de optar por aquélla, aunque no tengamos argumento alguno en su apoyo».

Se ve, pues, que la cuestión presente es más de corazón que de inteligencia. Lo más triste es que hombres que se llaman amantes de la Ciencia, que se glorían de ponerla por encima de todo, procedan con tan increíble ligereza y se dejen llevar tan lastimosamente de sus fobias antirreligiosas.

Se cumple aquí como en ninguna parte el dicho de que el mayor enemigo de la Ciencia es el horror a lo sobrenatural.

Argumento biológico

El argumento biológico lo creo de más fuerza aún que el experimental. Aquél nos probó claramente que no se da la generación espontánea; éste nos convencerá hasta la evidencia de que ni siquiera puede darse. El uno niega el hecho, el otro hasta la misma posibilidad.

¿En qué consiste?

Sencillamente, en la complicación infinita de los seres vivos, en los estupendos prodigios de orden, de sabiduría, de finalidad altísima que resplandecen en sus organismos y funciones, los cuales están manifestando, a todas luces, que no pueden ser el mero resultado de la casualidad, de la combinación ciega e inconsciente de las fuerzas de la Naturaleza.

Tomad en vuestras manos cualquiera de los seres vivos y examinadlo detenidamente, y no podréis menos de quedar sorprendidos. En él encontraréis, a primera vista, una multitud prodigiosa de partes, unidas las unas a las otras, hechas las unas para las otras, y todas para el conjunto con más sabiduría incomparablemente que las piezas y resortes y engranajes de un reloj. Seguid examinando y reflexionad que ese prodigioso y viviente mecanismo se alimenta, crece, se desarrolla, regenera sus partes, cura sus averías; pensad que tiene instintos propios, recursos propios, los más sabios y adecuados para buscarse la vida, hasta, muchas veces, armas y sagacidad para defenderse. Ved que, dentro de la especie, todos los individuos son iguales: que se reproducen y dejan a sus hijos no sólo su organismo, sino hasta sus instintos y cualidades individuales...

Pasad más adelante y examinad con el microscopio cada una de sus partes: todas son maravillas de precisión. Todas tienen su clara finalidad, todas son prodigios de técnica y de arte... Veréis en ellas órganos que, como los ojos y oídos, superan toda capacidad humana: sistemas que, como el sanguíneo, el nervioso, el de la locomoción, suponen prodigios de ciencia, de mecánica, y hasta de estética... Ved todo eso —digo— y cuando os hayáis saciado de contemplar maravillas y de columbrar otras y otras infinitas que os escapan a vosotros, que escapan hasta a los más grandes sabios... , haceos la siguiente

pregunta: ¿Será posible que todo eso se haya hecho al azar, sin que haya presidido a su construcción la luz de la idea, la dirección de la inteligencia, sino sólo las fuerzas naturales dejadas a su propia fatalidad?

Creo que os responderéis negativamente, y que os rendiréis a la evidencia como se han rendido todos los sabios sinceros. Aun en los seres rudimentarios e ínfimos, cuáles son los protozoos, no acaban los sabios de salir de su asombro.

El gran biólogo Von Euxkul llama a la organización de esos seres diminutos, los últimos de la escala zoológica, «maravillosa» e «inexplicable», y añade que constituye un problema super maquina, que va más allá de la mecánica», que es un «milagro», un «misterio».

Y termina: «Sería más fácil que de las ruinas de un terremoto o de un incendio saliera por casualidades imposibles, un automóvil que funcionara luego solo, que la formación, que hay que llamar calculada de antemano —¿por quién? — del protoplasma líquido de una ameba.»

No menos expresiva son las palabras de Oskar Hertwig, el biólogo de preeminencia indiscutible, y llamado por eso mismo, el pontífice de la Biología. Dice así en su gran obra «Biología General»: «Entre la materia muerta y el organismo vivo se abre un abismo que cada día se nos manifiesta mayor cuanto más penetramos en el pensamiento de lo vivo. Pretender construir por procedimientos artificiales, con materia inanimada, un ser vivo, el menos complicado que queramos imaginar, hemos de considerarlo como una ilusión que no tiene más probabilidad de ser realizada que el sueño del alquimista de Faust al pretender fabricar al homúnculo en su retorta... Para el naturalista —escribe en otro lugar de esta obra— es hoy una necesidad fisiológica admitir que la vida tuvo una vez que empezar siendo creada».

Otro gran biólogo y fisiólogo, Volkmann, escribe, a su vez, en el «Diccionario Manual de Fisiología»: «Vida y organismo tuvieron que existir a la vez. Ninguno de los dos puede conceptuarse como separado en los seres vivos que conocemos, ni, por tanto, el uno ser causa del otro... Ni la vida del primer ser orgánico, ni éste pudieron ser causa de su propia existencia; a alguna causa que existiera fuera de ellos tuvieron que deber su origen, pues empezaron a existir en un período en que no había vida ni seres que la tuvieran. Esa causa —añade abiertamente— sólo puede hallarse en lo que llamamos Dios».

Finalmente, para no multiplicar demasiado estas citas: El director del Instituto Zoológico Paleontológico de Berlín, el doctor Wilhem Branco, escribe: «Aceptar que, de la materia mineral, en los primeros períodos de la historia del mundo, un día casuales y curiosas combinaciones, de carbono, de agua, amoniaco, etc., empezaron a dar origen a la vida y a los organismos vivos, es pedir un esfuerzo de credulidad tan grande, que otra más inverosímil leyenda de Hadas no podía inventarse. Y termina: Ciertamente. Si la Iglesia quisiera hacernos creer tal fábula, todos los naturalistas desbordaríamos de indignación, ante pretensión tamaña».

He aquí, pues, el gran argumento, el aplastante argumento en contra de la generación espontánea.

La vida, aun en los seres más insignificantes, aparece con tales caracteres de complicación, de sabiduría, de misterio, que es imposible, en absoluto, que pueda ser atribuida a las solas fuerzas ciegas y fatales de la Naturaleza...

Repitámoslo con Uexkul: «Sería más fácil comprender que de las ruinas de un terremoto saliera formado un automóvil que caminase por sí solo, que admitir por una casualidad la formación de un ser viviente por insignificante que sea, ni aun el diminuto de una ameba...»

CONCLUSION

La consecuencia y termino.

Ya la indiqué al principio y sin duda la habrán sacado los lectores por sí mismos.

Hela aquí clara y patente y en términos casi escolásticos: La vida no ha existido siempre; hubo un tiempo en que no pudo darse: luego, puesto que ahora existe, o ha nacido espontáneamente por las solas fuerzas de la Naturaleza, o ha sido creada. Lo primero es falso, luego ha de seguirse lo segundo, esto es, la creación y, por consiguiente, la existencia del Creador, del Ser infinitamente poderoso y sabio que supo idearla y darle la existencia: DIOS.

Mayor fuerza y diafanidad de raciocinio, no puede darse.

Si todos los hombres fueran razonables no habría más que decir: la razón se impondría por sí misma. Pero es el caso que en el ser humano no todo es entendimiento; hay también corazón, prejuicios, fobias y filias, pertinacias e inconsecuencias... A pesar de verdad tan manifiesta, todavía persisten muchos en su materialismo. ¿Se pregunta por qué? La causa ya la indiqué antes: el horror a Dios: el ansia de no encontrarse con El; de evadir su presencia que les aterra... Entre los antiguos israelitas se decía: «He visto a Dios, luego he de morir». Del mismo modo el espíritu moderno, alejado de Dios por la laicalización de todas las ciencias, se espanta y se turba cuando ve aparecer su imagen sacrosanta en el término de sus razonamientos: los entendimientos torcidos de nuestro siglo dudan hasta de la lógica cuando la lógica les lleva a Dios. Ya veis lo absurdo de ese modo de proceder. La ciencia no ha de tener fobias ni filias.

«La Ciencia no puede admitir hoy la generación espontánea de la vida por la materia muerta —dice el gran naturalista Nalgeli—. Todo lo vivo procede de lo vivo y, no obstante -dice visiblemente turbado-, si no admitimos la generación espontánea hemos de admitir el milagro, la creación de la vida, la intervención de Dios». «Terrible dilema —concluye el doctor Rosell, tomando las palabras de Hertwig—, que no tiene solución científica, sino filosófica.»

Y el materialista Virchow: «No se conoce —dice— un solo hecho que demuestre que la materia inorgánica se haya transformado en orgánica... Si no quiero admitir al Creador, no me queda otro recurso que apelar a la generación espontánea; la causa es evidente: Cuando se dice: no admito la creación y, sin embargo, exijo una explicación del origen de la vida, anuncio una primera tesis; pero quíerese o no, es preciso llegar a la segunda, al ergo: luego admito la generación espontánea... más de ésta no tenemos una sola prueba. Nadie ha visto una sola producción de la materia inorgánica... No la rechazan los teólogos, sino los materialistas. Fuerza es elegir entre la generación espontánea y la creación: y hablando con franqueza, nosotros, los materialistas, nos inclinaríamos a la primera. Ah, si tuviéramos una demostración por débil que fuera... ! Pero con el Bathybius se desvanecieron todas las esperanzas de obtenerla» ¡Apenas pueden pronunciarse palabras más significativas!

Al oírlos, cree uno estar viendo al ángel caído que nos describe el poeta luchando contra la luz porque le molesta y queriendo ocultarse entre las tinieblas.

En el sentido intelectual podemos aplicar a Virchow y a todos sus correligionarios, lo que decía, en sentido moral, el poeta Ovidio: «*Video meliora proboque, deteriora sequor*». Ven la verdad, no tienen más remedio que rendirse a ella... pero prefieren el error. Quieren que no exista Dios y se empeñan en negarlo.